

# A LA RECHERCHE DU TEMPS PERDU

**Cristián Rodríguez**

Como de costumbre, el título tiene poco que ver con lo que voy a decir y apenas guarda con ello una remota relación. Sin embargo, la mención del título en francés de la serie de novelas psicológicas de Proust puede hacer creer a algún ingenuo que las he leído en el original. La verdad es que aunque puedo entender sin dificultad las obras de Anatole France, Renan, o Gide, el de Proust es mucho francés para mí. Si las he leído ha sido en inglés, con el título de *Remembrance of Things Past*. Marcel Proust murió en 1922, pero fue lo suficientemente intuitivo para adoptar la técnica de los novelistas hispanoamericanos de la década del 60 al 70.

La nueva muestra de esta mi incorregible pedantería, ha sido sugerida por el artículo de Vicho Elizondo (don Víctor Manuel), jurista de 22 quilates y exmagistrado, y en verdad un Vicho raro. Las reminiscencias que hace de nuestra ya lejana mocedad son tan auténticas como generosas y me siento tentado a ampliarlas.

Del simulacro de la entrada de Pelico al seno del Congreso, en presencia de don Zenón, en el que participaron varios compañeros, queda constancia fotográfica. Como intérprete histriónico del Presidente de los Diez y Ocho Meses, tenía que maquillarme con un corcho quemado, tiznándome las cejas, y para semejar la peluca me partía el cabello por el medio y me lo alisaba con brillantina. En cuanto a los gestos nerviosos del Pelón, como lo llamaba el general Irías, me guiaba por mi instinto mimico y por la atenta observación del personaje. Pelico era de relevante figura, más alto que pequeño, pulcro en su vestir y recto de cuerpo, amaneradamente gentil y de masculina y agradable voz. En los comienzos de su madurez, antes de que la alopecia lo privara totalmente del pelo y de las cejas, lucía un bien cuidado bigote —según muestran los retratos— y era, si se quiere, más buen mozo que su hermano menor. Aficionado desde temprano a la política, hacía alardes de democracia, y solía espletar elocuentes discursos en el Congreso contra los déspotas del continente, incluso el de Guatemala. Tan candentes y enardecidos eran sus ataques que en una ocasión el Ministro de Estrada Cabrera, durante la administración González Víquez, pidió al Presidente que metiera en cintura al señor Tinoco Granados. Dicen que don Cleto le contestó que aunque estuviera dispuesto a complacerlo —y desde luego no lo estaba— le era vedado por la Constitución y no se acostumbraba en Costa Rica intervenir en esas cosas ni menos coartar la libre expresión de un diputado.

Yo admiraba los finos modos y el ingenio de Pelico y hasta su espíritu de independencia contra la esclavitud del trabajo. Una vez, siendo ministro de Guerra de González Flores, en 1914, visitó el Liceo de Costa Rica y departió amigablemente con los liceístas, entre ellos con una atrayente y simpática joven a quien se había aplazado en castellano por cosas de ortografía. Pelico se ofreció a interceder por ella, pero para satisfacer su conciencia e imparcialidad, le pidió que le permitiera leer alguna composición, que la joven no pudo proporcionar. Pelico le sugirió entonces que le mostrara alguna carta amorosa que hubiera escrito al novio, dándole seguridades de que no se enteraría del contenido y sólo prestaría atención al aspecto ortográfico.

Todos celebraron la salida del Ministro de Guerra. Cabe agregar que Pelico era hombre que leía vorazmente toda clase de libros, aunque su preferen-

cia se manifestaba por ciertas obras, como "Las memorias de una cortesana" o "La Secta de las Ahandrinás". Esta última relataba las perpiencias de la epidemia de aberraciones que proliferó entre las damas elegantes del Siglo XVIII francés, que prescindían del amor de los hombres. Una vez Pelico dejó olvidado en un palco del Teatro América uno de estos libros, elegantemente impreso en papel pergamino, que fue encontrado por un acomodador.

Sin embargo el continente apacible y cortés de Pelico tuvo un cambio súbito después del 27 de enero de 1917. Empezó a tener mayor predilección por los uniformes militares, las charrerías y brandeburgos, el kepi con pompón y la espada al cinto y desde entonces sentí aversión por él. A pesar de contarse gente aguerrida entre mis antepasados, éstos fueron tan valientes que agotaron el valor de manera que mi dotación de este artículo ha sido siempre muy exigua, y he detestado el militarismo. La población de San José, a juzgar por las manifestaciones públicas y el famoso desfile que para bochorno de los concurrentes quedó grabado en una cinta cinematográfica, parecía cohonestar el golpe, que habla sido pacientemente preparado por una campaña de descrédito contra el nepotismo reinante y las reformas tributarias. Pero, lo repito, los galones me eran profundamente antipáticos. Algún miembro de mi familia, emparentado con el Presidente, viendo la indigencia en que yo vivía, quiso que me acercara a los gobernantes, y se propuso que me encargara de la educación de un príncipe de la cosa reinante. Rehusé el ofrecimiento y preferí comerme las uñas. Debo explicar que había cierta lejana vinculación de familia, si bien no por consanguinidad. Mi casi legendario abuelo materno de cuyas consejas y extravagancias inocentemente mendaces, a veces cándidas, habla con frecuencia en sus crónicas Joaquín Vargas Coto, era tío político de Pelico, pues se había casado con doña Tacía Granados, hermana de doña Lupita, madre de Pelico, de modo que yo tenía varios tíos carnales que eran primos hermanos de los Tinoco, sin que me alcanzara ningún parentesco de sangre con ellos. Algunos primos míos pasaban temporadas en casa de los Tinoco Granados y viceversa. Mi familia, que en un tiempo fue moderadamente acaudalada, gastó buena parte de su capital en atender munificentemente a numerosos huéspedes.

Aunque yo he sido paupérrimo desde poco después de mi infancia, mi familia inmediata quedó contaminada de la chochera de la "esplendidez", que era una patética imposibilidad. Seguramente las invitaciones a comer en mi casa de que habla Vicho Elizondo son un resabio de días mejores. Nosotros habíamos llegado a tal grado de indigencia que durante muchos meses nos alimentábamos casi exclusivamente de frijoles negros, que llamábamos los "enconosos", porque la deficiencia dietética nos ocasionaba algunas dolencias. Los frijoles no eran como ahora artículo de postín, y las familias pobres y orgullosas se sentían abochornadas de comer gallo pinto y sólo lo hacían en el más íntimo secreto del hogar.

El régimen de los Tinoco, dictatorial en un principio recibió la bendición de una constituyente y se emitió una nueva constitución con el sistema bicameral en el Congreso. Pero tan pronto como los gobernantes se sintieron firmemente afianzados en el poder comenzaron a hacer disparates y desaguasados y a emplear innecesariamente la mano fuerte. Los políticos que en un principio los apoyaron comenzaron a echarse atrás y los abandonaron finalmente con mejor juicio. Se estableció una guerra fría entre gobernantes y gobernados; se fundó la Guardia Rural, destina en principio a combatir el abigeato y otros delitos en el campo y acabó por ser un instrumento de opresión. Pero aun entonces los desmanes estaban a veces atemperados por la cordura de doña María su

esposa y de algunos subalternos, que continuaban siendo buenos chicos. Una vez, estando yo frente a la antigua botica de Silva, en la manzana que remata por el sur con el establecimiento de los Cubero, me entretenía en mostrar a la regocijada concurrencia una de mis muchas caricaturas de Pelico. De pronto volví la cara y vi a don Jaime Esquivel, en uniforme de kaki claro, polainas y fuede. El temor —más que la presencia de ánimo— me obligó a permanecer como una estatua de sal, esperando las consecuencias de mi imprudencia. Pero contra lo que esperaba Jaime se sumó al grupo que celebraba el parecido de la caricatura y luego se marchó sin expresar su desaprobación. Desde entonces, para mayor seguridad, cada vez que veía a Jaime le sonreía. Muchos años después fuimos buenos amigos y aun hice algo por "salvarle la vida", atemperando el rencor de alguien que habla jurado vengarse de él cuando regresara al país, después de pasar muchos años en Nueva York, donde regentaba una cigarretería. No ocurrió nada y la salvación de vida no pasó de ser una buena intención de mi parte. Cuando Jaime, que parecía un roble, murió inesperadamente, sentí no poco dolor al recordar al hombre que se había hecho de la vista gorda.

Poseía yo, como lo dice don Víctor Manuel Elizondo en el cariñoso artículo de reminiscencias de nuestros días de la Escuela de Derecho, la habilidad de imitar a las personas, y en el elenco de mis motivos figuraban don Napoleón Quesada, don Nicolás Montero, Yayo Carrillo, Albertazzi, el Dr. David Quirós, Mepito (Manuel Francisco Soto Alvarez), el cónsul de los EE. UU., Mr. Benjamín F. Chase y muchos otros. Debo confesar que la imitación de don Napoleón fue inspirada por un arquetipo original, concebido por un compañero habilísimo en este género, Pilelo (Alfredo Mora Padilla). La de don Nicolás, aunque creo haberla perfeccionado, fue sugerida por un pariente de don Nicolás, el ahora doctor Carlos Francisco Umaña Cordero. Las demás imitaciones eran todas originales y a las citadas puedo agregar la de don Manuel Castro Quesada, que era entonces delgado e inclinaba el cuerpo hacia un lado, la de Joaquín Tinoco, Chilo Sandoval Granados, la de un mejicano, Julio López que trajo un circo de carpa. López era pequeño, muy cargado de espaldas y al caminar tenía un movimiento oscilatorio, que le valió el sobrenombre de "Viático". También predicaba el sermón del Descendimiento, imitando al Padre Cayito Zúñiga, que pronunciaba el nombre de José de Arimatea con voz un poco gangosa, de modo que los feligreses oían algo así como Osé de Arimatea.

Teodoro Picado Michalski era también perito en estos achaques e imitaba a don Agustín Guido, con su voz grave y sentenciosa, relatando el incidente aquel, inventado sin duda, en el que don Agustín llamó a su hijo Moisés y le dijo: "Moisés, hijo mío: Cuando los sicarios del Tirano hayan segado esta mi vida escribirás sobre mi tumba este epitafio: Aquí yacen los restos mortales de Agustín Guido y Alvarado, natural del Papaturrul de Bagaces, a quien los secuaces del Tirano dieron prematura muerte".

Un día Moisés nos hizo un anuncio que a primera vista parecía un acto de irreverencia filial. Nos dijo que iba a invitar a su padre para que conversaran con él y, si podíamos, le tomaran el pelo. Moisés sabía muy bien con qué tusa se rascaba, y una mañana se presentó don Agustín con su acostumbrado chaqué negro e hizo malabarrismos verbales con la juventud ansiosa de estudiar leyes (*Cupide Legum Iuventutem* como decía Alfredo Saborio). Nada pudieron los estudiantes contra la agilidad mental de don Agustín. En este caso los alguaciles salieron alquilados. Tal era la juventud de entonces, espontánea y regocijada, con un gran *esprit de corps*, pero que nunca hubiera pensado en organizarse ni en actuar como clase bajo el signo de una sigla.